

¿Para qué hay revoluciones? *La quinta modelo* (1857), una novela ejemplar

Pamela Vicenteño Bravo

La historia del México independiente estuvo definida por revoluciones militares y sociales, luchas armadas o enfrentamientos desde la tribuna política que cimbraron las conciencias y modificaron el curso del país en numerosas ocasiones.¹ Si bien a la distancia los logros se estiman mayúsculos, las repercusiones llevaron consigo, además de cuantiosas pérdidas humanas, inestabilidad económica y división social, muchas veces irreconciliable. Luego de un reajuste de facciones y de la aparente consolidación de partidos políticos ideológicamente contrarios, esas revoluciones se tiñeron de un afán nacionalista, aunque a la par germinaba el desprecio por los disidentes, en lugar de trabajar y fomentar verdaderamente la unidad nacional.

Dicha situación trascendió al campo intelectual, cuyos agentes también decidieron emprender sus propias batallas. Hacia la década de 1850, la prensa se consagró como el espacio más eficaz para aportar ideas que apoyaran la creación de opinión pública, generar debates y polémicas que contendieran o suscitaran a la postre cambios ideológicos, o bien reforzar la educación moral o religiosa de los lectores, según fuera el caso. En este contexto, cabe preguntarse ¿cuál fue el papel de la literatura en esas tensiones intelectuales?, ¿pudo contribuir a una economía del conocimiento?

Para intentar resolver estas dos interrogantes, a lo largo del presente artículo se examinará cómo la sensibilidad conservadora de la clase letrada mexicana participó en la revolución de ideas y, desde la trinchera literaria, en la prensa, combatió lo que consideraba nocivo para la sociedad.² Para ello tomaré como punto central *La quinta modelo* (1857), novela del escritor mexicano José María Roa Bárcena (1827-1908).³ Esta obra fue relevante en la tradición literaria por tratarse de una advertencia acerca de la imposición de las doctrinas modernas que podrían amenazar la paz, el progreso y la civilización en un momento de quiebre: la promulgación de la primera Constitución de espíritu liberal en la historia independiente de México, en aquella época un país en grave crisis política, económica y social, desmoralizado por la invasión norteamericana de 1847 y despojado de la mitad de su territorio por malos manejos. Esta propuesta de análisis se suma al creciente interés por estudiar la novelística de Roa Bárcena desde ángulos más acotados como la economía (Gutiérrez Negrón, “The

Estate”), la política (West) y, en el caso de este trabajo, de la educación; más allá de la tendencia revisionista que prevaleció durante casi todo el siglo XX (López Aparicio, Rico Mansard, Ruffinelli).

A mediados del siglo antepasado en la política mexicana reinaba la hostilidad, debida a, entre otros sucesos, la Revolución de Ayutla (1854-1855), levantamiento armado que inclinó la balanza favoreciendo a los más progresistas. En consecuencia, Antonio López de Santa Anna, para entonces convertido en dictador, dejó la silla presidencial (1855). Esta maniobra contribuyó a que se diera un giro ideológico capital: la difusión de la Ley Juárez (1855), con la cual se suprimieron los fueros militar y eclesiástico, se organizó la Suprema Corte y se creó el Tribunal Superior del Distrito Federal, así como el decreto de la Ley de Desamortización de Bienes de Manos Muertas o Ley Lerdo (1856), que otorgaba facultades al Estado para confiscar y vender las propiedades de manos muertas en el campo y la ciudad (Pi-Suñer Llorens; Muñoz Bravo). En todos estos virajes políticos un común denominador fue el ataque a la Iglesia católica.

Como era de esperarse, estas acciones propiciaron un enfrentamiento de ideologías que develó la urgencia por transformar los lineamientos jurídicos que para entonces regían. Desde el punto de vista del liberalismo, al apartar a las entidades corporativas dominantes—Iglesia, Ejército y gremios—, se lograría, en teoría, una uniformidad legal y, por ende, se formalizaría la modernización del Estado. Así comenzó a gestarse la Constitución de 1857, la cual representó, según Daniel Cosío Villegas, “el edificio constitucional más elaborado y ambicioso que hasta entonces había intentado levantar México” (8), ya que en el apartado de garantías individuales planteaba la preeminencia de dos valores esenciales: la libertad y la igualdad. Sin embargo, en la práctica, el mayor obstáculo al que se encararon los liberales fue la supremacía de la Iglesia católica, por su influjo tanto en los escaños políticos como en los demás niveles sociales. De hecho, la preponderancia de esta institución determinaba el desarrollo individual de las personas y mediaba su relación con la instancia de poder. Por lo cual, el grupo liberal estaba convencido de que “el individuo libre debía ser un ciudadano leal en primera instancia a la nación o Estado laico, no a una corporación controlada por clérigos” (Hale 17). Desde el liberalismo, la defensa de ese precepto se leyó como una acción de nacionalismo; en oposición, el ala conservadora interpretó este gesto como un error gubernamental.⁴

Según la percepción de la facción opositora, la constitución liberal reformaría drásticamente los modelos políticos anteriores. Frente a tales cambios, las protestas no tardaron en aparecer; para los conservadores, al implantar un liberalismo de inspiración francesa había un riesgo ineludible, además de que con ello se incubaría una visión de mundo norteamericana (protestante) que derrumbaría los cimientos, entonces tambaleantes, del orden (católico). En consecuencia, una de las respuestas más poderosas fue exaltar la moral religiosa por medio de la pedagogía del ejemplo y contraejemplo, con el propósito de enseñar a sus fieles que la opción defendida por los liberales significaba la peor vía para lograr el progreso del país; en cambio, la suya presentaba un proyecto más viable, adecuado a las necesidades y problemáticas de México, pues estaba sustentado en la continuidad y no en la devastación de las instituciones.

Así lo manifestó en 1853 el líder ideológico de los conservadores, Lucas Alamán, entonces ministro de Relaciones Exteriores, en una carta al presidente Santa Anna, en donde expuso su ideario: conservar la religión católica, vista como el lazo capaz de conservar la unión entre los mexicanos, incluso el único bastión que podría sostener a la raza hispanoamericana; mantener los bienes eclesiásticos y arreglar las cuestiones administrativas directamente con la autoridad papal, sin persecuciones ni violencia; rechazar la federación; estar contra el sistema representativo por elecciones, es decir, “contra todo lo que se llama elección popular, mientras no descansa en otras bases”; proponer una nueva división territorial que facilitara la buena administración, además de una fuerza armada competente y sólida en número de soldados (citado en León-Portilla 309-11).

Tanto los principios liberales como los conservadores se discutieron en la Ciudad de México, centro hegemónico en el que se había creado un ambiente propicio para que los escritores, desde las publicaciones periódicas, cumplieran con una misión: integrarse a la controversia política desde su propia palestra. Dentro de esa comunidad imaginada que cobijó el periodismo hacia la primera mitad del siglo XIX, como ha señalado Elías J. Palti, se fueron definiendo—e incluso deslindando—intereses y valores (238). Al respecto, vale la pena mencionar que los conservadores consiguieron expresar sin cortapisas sus opiniones frente a lo que parecía inevitable, demostrando sus fuertes lazos de pertenencia que incluían intereses económicos similares y valores católicos.⁵

Una de las reacciones literarias se dio a conocer desde *La Cruz*, importante publicación, “establecida *ex profeso* para difundir las doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes”; estos últimos atribuidos a la política liberal que, como hemos visto, iba ganando espacios y adeptos.⁶ El espíritu del periódico fue “señalar el mal y combatirlo” (Roa Bárcena, “Controversia” 458). Al querer luchar contra esos “errores dominantes,” el impreso católico se sumaba a la misión establecida desde las *Alocuciones inquisitoriales y otras letras apostólicas*, posteriormente contempladas en la *Quanta cura* (1864) y en el *Syllabus errorum* por la máxima autoridad religiosa de la época: Pío IX. Entre la lista de errores mencionados en dichos documentos eclesiásticos se trató, entre otros, el panteísmo, el naturalismo, el racionalismo absoluto y moderado, el indiferentismo, el socialismo, el comunismo, las sociedades secretas, las sociedades bíblicas, las sociedades clérigo-liberales, los errores de la sociedad civil, de la moral natural y cristiana, así como los errores sobre el matrimonio cristiano y los relativos al liberalismo.

En este contexto de lucha, Roa Bárcena, con el seudónimo Antenor, escribió *La quinta modelo*, obra doctrinaria publicada en *La Cruz*, en once entregas quincenales del 21 de mayo al 17 de septiembre de 1857. En esta novela, desarrolló una tesis en clave política que advertía sobre las catástrofes que sucederían si se impusieran las “filosofías modernas”—liberalismo, socialismo, comunismo—, pues inevitablemente perjudicarían a la sociedad.⁷ De esta forma, desde el campo periodístico-literario, Roa se sumaba, por un lado, a la polémica contra el liberalismo y las tensiones suscitadas meses atrás tanto en el Congreso Constituyente como en la prensa. Y, por otro, al ataque del socialismo, cuya presencia comenzaba a notarse más en México, con la circulación de obras como *Martín el expósito* de Eugène Sue o *Los mártires de la libertad* de Alphonse Esquiros.

Baste decir que, durante casi toda la pasada centuria, en los estudios sobre la novelística de Roa Bárcena es notoria la preocupación por destacar el carácter “tendencioso” de la obra, que atacaba a los hombres de la Reforma y “al exponer el presentimiento del espectáculo social y político del país, y los perjuicios que ocasionarían las leyes nuevas” (López Aparicio 83, 85). Y aunque en parte es una de las líneas de la obra, es conveniente ampliar los análisis. En esta tendencia se encuentra la crítica actual, cuyos enfoques se han detenido ya en otros temas, formulando así otras disquisiciones. Una de las propuestas que vale la pena mencionar es la de Rafael Olea Franco, quien, además de resaltar la importancia de conocer el año preciso de publicación de *La quinta modelo* para una correcta interpretación, explora la verosimilitud de diversos elementos narrativos, como la representación de los personajes o la construcción de un narrador que supiera desarrollar “con habilidad el tono distanciado y crítico indispensable en un discurso irónico,” lo que implica, desde su perspectiva, “una equivocación de carácter estético, la cual propicia que su deseo (ético) por servirse de la literatura para denostar el proyecto democrático no alcance eficiencia verbal” (68). Otro trabajo es el de Sergio Gutiérrez Negrón, quien examina la novela como una “conservative utopia” (“The Estate” 92), a la luz de la importancia de la economía en la configuración social, entendida como “the virtuous administration of all of God’s things” (87). O bien, el de Ty West, quien a partir de la metáfora de la familia enferma explica cómo se representó el liberalismo desde la sensibilidad conservadora (198-209).

De manera que, con la intención de continuar con la discusión acerca de la función pedagógica que cumplió la novela que nos ocupa, se verá como, a partir de la premisa “El ejemplo es siempre más poderoso que la palabra” (Roa Bárcena, *Quinta modelo* 50), nuestro autor construyó su ficción con modelos que reforzaron la preeminencia de lo consuetudinario (la tradición católica) frente a la inviabilidad de las leyes liberales (crítica directa a la Constitución de 1857). Para efectos de este artículo, me centraré tanto en la figura del político liberal como en la trinidad que conforman en la historia la familia, el clero y la milicia. De acuerdo con lo anterior, se propondría una lectura de *La quinta modelo* como un texto ejemplar, no normativo, en el cual, al poner en evidencia las conductas perniciosas con el contraejemplo, se debatirían uno a uno todos los errores que perjudicarían a la sociedad, afectando, por ende, la fe, la tradición y las costumbres; errores, por supuesto, que se relacionan con los denunciados desde el programa de *La Cruz* en sus primeros números y que, a su vez, tienen relación con las aludidas *Alocuciones inquisitoriales y otras letras apostólicas*.

Así, en catorce capítulos, se cuenta la vida de Gaspar Rodríguez, un político de provincia que, tras ser expulsado de México por manifestar opiniones contrarias al régimen en turno y vivir refugiado en Estados Unidos, vuelve al territorio nacional hacia la década de 1840, “dotado de [. . .] una alma romana” (36), despojado de toda creencia religiosa y con “ideas políticas no muy sensatas” (37). Con esos primeros trazos se comienza a construir una imagen parodiada del Otro (*homo politicus*) que representaba lo que, desde la sensibilidad conservadora, era una alarmante clase en ascenso: hombres con pensamiento innovador y afán progresista, pero sin preparación sólida ni perspectiva social, detractores de la moral tradicional, que además ostentaban un repudio público a la Iglesia; así lo expresa el narrador en el capítulo inaugural: Gaspar “odiaba al clero católico,” pues lo veía como “el enemigo más constante y terrible de las luces y el progreso social” (39).

El desarrollo narrativo de este singular político se apegó al periplo que en la realidad varios liberales acometieron en tiempos de la presidencia de Santa Anna, al ser expatriados a Estados Unidos por sus posturas críticas. Actores políticos como José María Mata, Ponciano Arriaga, Melchor Ocampo y Benito Juárez vivieron en el país que años atrás había orquestado una encarnizada guerra contra México. Muchas de estas reminiscencias acerca del exilio en *La quinta modelo* están relacionadas con lo que a principios de la década de 1850 sucedía en territorio nacional. Durante su estancia en Estados Unidos, los liberales expatriados comenzaron a congregarse para iniciar un movimiento subversivo que contemplara, entre otros planes, el regreso a su terruño para establecer una “reforma social” y, en consecuencia, provocar una “revolución” con la determinación principal de abatir al régimen enemigo (Muñoz Bravo). Es sabido que dicho grupo organizó reuniones secretas en las ciudades de Nueva Orleans y Nueva York, además de enviar colaboraciones escritas a la prensa mexicana para difundir sus ideas. Esta forma de orquestar la revolución se caricaturiza en el primer capítulo de la novela, cuando Gaspar recorre algunos hoteles en Nueva York y Nueva Orleans, donde los mexicanos se habían asentado. Asimismo, en la diégesis, Gaspar mantuvo encendida la euforia de la revolución con “artículos furibundos” que revelaban el peligro a que se sometía México; sin embargo, irónicamente, el ímpetu de su pluma nunca tuvo resonancia entre los lectores.

Asimismo, es interesante ver la coincidencia entre la personalidad de Gaspar Rodríguez y la descripción de Melchor Ocampo, icono del liberalismo del momento, que realizó Justo Sierra. Este último define a Ocampo como un “hombre de pensamiento y de acción,” con amplios y diversos conocimientos—agricultor, naturalista, economista—, un “hombre público por amor al bien público,” además de ser “discípulo de Rousseau y alumno de Proudhon,” de acentuado ateísmo y creencias absolutas como el bien y la libertad. Desde el punto de vista de las escuelas metafísicas, se podía considerar “un panteísta,” “*un individualista*,” “un señor de sí mismo y de la creación” (Sierra 94-95); cualidades que para los conservadores coincidían completamente con los errores a desterrar. El primer rasgo en común entre la descripción que ofreció Sierra y la caracterización de Gaspar como contraejemplo es la cualidad de hombre público que busca el bienestar de la patria por encima de su familia, definiéndola como un hombre frío, un desarraigado, un “espartano” (Roa Bárcena, *Quinta modelo* 36). Cuando el personaje vuelve a México tras su destierro, prefiere retomar de inmediato los trabajos políticos que hacerse cargo de su esposa e hijos (41-42), contraviniendo el estatus que la familia tenía en la dinámica católica.

Ahora bien, contrario a la racionalidad con la que el grupo liberal identificaba a un reformista, en la ficción se pretendía demoler este ideal con el personaje de Gaspar, para quien la fuerza bruta podía ser más efectiva que la razón para imponer su visión; el político de Roa Bárcena era capaz de “repartir sendas puñadas en el santuario de las leyes si llegaba a instalarse en él [. . .], y aun de arrojar una bola de harina al rostro del presidente de la República en la primera ceremonia oficial a que concurriese Su Excelencia” (38). Si bien desde el círculo liberal a los más jóvenes se les reconocía por los conocimientos adquiridos acerca de las nuevas escuelas de pensamiento, la voz narrativa asegura que tales escuelas no eran otra cosa que “cuestiones abstractas” o “metafísica política,” campo semántico que en la diégesis se critica por aglutinar únicamente un vocabulario—con palabras como “patriotismo,” “ilustración” y “progreso” (66)—que en la praxis no se verificaba. Y para completar la formación del político, era importante que Gaspar preservara la libertad de

imprensa y de cultos—con la determinación de establecer el protestantismo y eliminar la vehemencia “idólatra”—, así como la desamortización tanto civil como eclesiástica y el juicio por jurados, en pocas palabras, que se consiguiera la “exaltación democrática” en la sociedad (72).

Considero especialmente interesante que, desde el ámbito público, el protagonista apostara por fomentar los principios esenciales de libertad, propiedad e igualdad y, al mismo tiempo, impusiera los ejercicios democráticos sin justificación válida, salvo la necesidad de crear hábitos entre los ciudadanos, en sus palabras, solo “para acostumbrar a nuestro pueblo a los procedimientos republicanos” (38). El tema de la libertad, dentro de la ficción, reforzó lo que nuestro autor ya había manifestado un año atrás en *La Cruz*: “No cabe duda que en México, así como en todos los países que, por más o menos tiempo sufren la influencia de las ideas demagógicas, la palabra libertad, para muchos de sus adeptos, significa persecución a la Iglesia, y la palabra *reforma* significa que se ha de acabar con ella” (“Controversia” 458). En uno de los pasajes más emblemáticos de la historia se pone en entredicho un proceso “libre” y colectivo, al llevar a escena a los políticos que pretenden ganar las elecciones con el sufragio de un pueblo carente de instrucción. Para la escena en cuestión, nuestro autor prefirió, en un amplio diálogo, darle voz a Ambrosio, un hombre del pueblo, y al compadre Márquez, cómplice y colaborador de Gaspar. En la conversación que sostienen ambos personajes, se promueve el derecho al voto apelando a la igualdad ante la ley, sosteniendo la inexistencia de amos y criados:

--Ahora sí, señor amo. [. . .] A su merced consta que no sé leer, ni escribir, ni me meto jamás en nada, y que soy un pobre hombre cargado de familia, por lo cual ruego a su merced que no se me haga ningún perjuicio.

[. . .]

--[. . .] ¿a quién votas?

--Quiero decir, señor amo, que yo no entiendo una palabra de todas estas cosas.

--Pero, ¿no hay alguien en la ciudad que te inspire confianza y a quien pudieras cometer el desempeño de una misión delicada?

--Sin duda que sí, señor amo.

--Pues bien, di sin empacho su nombre, quienquiera que sea. Aquí todas las opiniones se respetan. [. . .] ¿Quién te inspira confianza, ciudadano, quiero decir, Ambrosio?

--Doña Tomasa, la hermana del señor cura.

--¿Te burlas?

--No, señor amo. [. . .] ella me socorrió mientras estuve en el hospital. Después me casé y ha sido la madrina de mis dos hijos; últimamente ella es quien me guarda mis ahorros; conque ya verá su merced si tendré o no confianza en ella.

--No se trata de eso ahora, Ambrosio. Se trata de que des tu voto a un hombre para que sea elector y elija a uno o varios diputados que te representen en el Congreso.

--Señor amo, yo nada tengo que hacer en el Congreso.

--¡Oh, ignorancia! ¡Oh, estupidez! ¿Cuándo llegará el día en que el pueblo conozca sus derechos? ¡Sólo así podrá ser feliz! [. . .] (53-55)

La escena aludida representa la política malograda que implicaba la implementación de las votaciones “libres” en una sociedad de usos y costumbres donde prevalecía el analfabetismo. Y por la ironía con que está construida, el personaje que mejor librado sale es Ambrosio, cuya honestidad y simplicidad develan que es el ejemplo y no la razón el único derrotero por el que se alcanza el progreso. En este pasaje se concentró la impronta de la epístola de Alamán, referida al inicio del artículo, sobre el rechazo absoluto a las elecciones populares, un claro error en una sociedad que demandaba instrucción.

Tras ser nombrado diputado, Gaspar se destaca como elocuente orador apoyado en la imitación de otros esquemas políticos como la Constitución de Estados Unidos, *El contrato social* de Jean-Jacques Rousseau y algunas obras de Alphonse Esquiros, sin ser portavoz de una reflexión profunda sobre las dificultades nacionales ni generar algún cambio trascendente en el orden de lo público. Para contrarrestar aquella figura del legislador progresista, el autor puso en voz del narrador la conciencia dominante (el buen ejemplo) que orientó al público lector sobre cuál sería el peor camino:

Si los congresos fueran, en efecto, representantes del país, veríamos en ellos igualmente respetadas y atendidas las clases todas que lo componen, pero cuando un liberalismo exagerado se apodera de los negocios públicos, llama sin criterio alguno al ejercicio del derecho electivo a toda la masa de la población, influye en sus votos, asalta los puestos en virtud de la preponderancia del número y no del triunfo de la razón y de la inteligencia, y dicta leyes, no protectoras de la sociedad, sino atentatorias respecto de una o más clases, e inútiles o nocivas al común de los ciudadanos.

Existe en las entrañas de nuestra generación actual una enfermedad gravísima y que pudiéramos llamar de imitación. (71-72)

En esta breve reflexión, el liberalismo es personificado como una fuerza imparable que va penetrando negativamente en los espacios públicos, alterando las prácticas sociales, casi como una enfermedad que alcanza a la población con sus leyes nocivas. Sobre el tema de la enfermedad, en general, y el tropo de la familia, en particular, Ty West ha estudiado cómo desde el conservadurismo se acudió a esta metáfora para organizar “la crítica, el pensamiento político y la representación literaria” (200), así como para intentar explicar a la sociedad o bien a la nación, según fuera el caso. De acuerdo con el crítico, en *La quinta modelo*, el liberalismo es representado como una enfermedad que irá mermando la salud (ideológica) de Gaspar y de Enrique, su hijo (203-04). Esto mismo, desde la perspectiva pedagógica del ejemplo y contraejemplo, se puede identificar mediante el recurso de la ironía con el cual se definían dos sociedades: una enferma (la mexicana), a la que era necesario realizar una “transfusión de sangre, de religión, de idioma y de costumbres públicas y privadas” (Roa Bárcena, *Quinta modelo* 78) y otra saludable (la anglosajona), que con el inglés, el protestantismo y la moral filosófica constituiría ciudadanos eclécticos (77-85).

Pese a la desmedida enfermedad de la imitación política a cuestas, Gaspar continúa con sus funciones de diputado sin decaer; al contrario, consigue convertirse en una de las “notabilidades” de la capital (62) y ganarse el reconocimiento de la clase política dominante, por concurrir a los espacios de sociabilidad por excelencia—el teatro, los cafés y clubes

progresistas—, además de vestir (y aparentar ser) como su clase política. Aunado a lo anterior, en el Congreso Constituyente discute la pertinencia de una revolución institucional que, para entonces, también estaba en marcha en el contexto nacional: la creación de la hacienda pública, una nueva organización del Ejército, el ordenamiento del comercio y la industria, con lo que—se creía, desde la agenda liberal—le daba un nuevo rumbo a la patria (65-75).

Aquí me gustaría detenerme en un aspecto que considero central: el posible destinatario de la novela, el cual, indago, fue preferentemente masculino. Esta hipótesis está sustentada en dos propuestas. Primero, con base en las entradas del “Catálogo por géneros de José María Roa Bárcena” (actualmente en curso) y a los avances en la edición crítica de su narrativa, en general, en la fase de *collatio codicum* (comparación de versiones o testimonios), he podido detectar que el escritor estaba consciente de su público lector, al cual refería explícitamente con la marca de género, es decir, como lectora o lector, según fuera el caso. Asimismo, en *La quinta modelo* es evidente la predominancia del contenido de corte político, en comparación con la historia de amor entre los jóvenes Amelia y Alberto, aspecto que también iba perfilando, de algún modo, a sus posibles lectores. Olea Franco interpretó ese desequilibrio de historias en los siguientes términos:

[. . .] aunque en la obra hay una débil línea argumental de corte romántico (la historia de amor entre Amelia, la hija de Gaspar, y Alberto), el objetivo central de ésta fue más bien político y coyuntural: ridiculizar los proyectos liberales y enaltecer la labor benéfica de la Iglesia, considerada por el autor como la única fuente para alcanzar una educación genuina que condujera a un verdadero camino moral.” (65)

En este sentido, las largas digresiones del narrador, así como las constantes alusiones a obras y autores del momento, refuerzan la referencialidad intelectual de un lector más culto y politizado. En concreto, cuando el narrador llama la atención de su público siempre es en escenas relacionadas con los acontecimientos políticos: exilio, elecciones, reuniones parlamentarias, organización de la hacienda, pertinencia del clero y la milicia, leyes de desamortización y libertad de prensa, además de los episodios donde Gaspar lleva al límite sus “lecturas filosóficas” al ponerlas en práctica:

si este lector se toma el trabajo de examinar desapasionada y filosóficamente nuestras úlceras sociales, se convencerá de que la marca del vicio aparece con lamentable precocidad en la frente de los niños en quienes se juntan las malas inclinaciones de Enrique a la pésima educación que le dio su padre y a la corrupción que le contaminó en el colegio. (89)

Lector, no te rías de la obstinación de Gaspar. ¿Acaso no discurren así muchos hombres de Estado? (124)

Luego de afianzar su lugar como diputado en la Ciudad de México y de concluir, sin muchas luces, sus funciones legislativas en el Congreso, el protagonista decide volver a su quinta, ubicada al interior de la República. En ella, a la manera de un quijote “políticomaniaco,” emprende otra revolución al poner en marcha las bases del socialismo utópico que había aprendido en algunas de “sus lecturas filosóficas” (principalmente las de Esquiros), con

efectos nada positivos. Es importante puntualizar que, como esbocé al principio de este trabajo, Roa Bárcena libró una doble batalla: primero, contra las acciones políticas a propósito de la Constitución de 1857 y, después, contra las “filosofías modernas” que se discutían en el círculo letrado de la Ciudad de México; me refiero en particular a las ideas que darían paso al socialismo, cuyo plan, según nuestro autor, podría haber influido en el grupo liberal. Así lo expresó en el artículo “Alfonso Esquiros y algunos de sus escritos”: “Causa sí, alguna admiración el que escritores liberales, tratando de hacer aparecer sus convicciones políticas hermanadas con ideas de orden y moralidad, ensalcen y recomienden a la vez aquello mismo que, según antes hemos dicho, es el ataque más eficaz a la libertad y al progreso” (“Alfonso Esquiros” 142).⁸

Ahora bien, el liberalismo apuntalado por Gaspar y su camarilla en la esfera pública es llevado al extremo en su propio hogar, espacio en el que ejerce mayor influencia y tiene más libertad de acción. Desde la perspectiva del político, Octaviana, su esposa, implicaba un peligro para la educación y el desarrollo óptimo de Enrique, el hijo varón, porque transmitía los valores fundamentales del cristianismo, por lo cual decide alejarlo de dos amenazas latentes: el afeminamiento y la hipocresía femenina (Roa Bárcena, *Quinta modelo* 46). Para batirlo, adoctrina a su primogénito: por una parte, le inculca la creencia de la superioridad intelectual y social del sexo masculino sobre el femenino; y, por otra, le recomienda no someterse a otros hombres ni ser caritativo, ya que sólo fomentaría la ociosidad y la vagancia de los más necesitados. Gaspar está convencido de que la educación de Enrique tendría mejores resultados si se alejara del modelo tradicional—es decir, si se lo quitara a la madre—y, en cambio, tuviera la dirección de un francés liberal en un colegio laico que sustituyera el “fanatismo religioso” femenino por la “filosofía moral” del extranjero (84). No obstante, debido a la permisividad del sistema educativo y a lo superficial de éste, Enrique, a sus escasos catorce años, se consolidará en la escuela de los vicios como tahúr y mentiroso profesional: el contraejemplo de la pedagogía moderna.

Como adelanté líneas arriba, los personajes femeninos personifican el ejemplo necesario para frenar a los hombres de la familia y poder conservar el orden. En la primera parte de la historia, Octaviana y Amelia resistirán los cambios impuestos por la educación filosófica que desplazaba los valores cristianos, mediante un cristianismo acendrado y sólido. De carácter humilde, dócil y piadoso, ambas mujeres no sucumbirán ante los brotes de locura de ese quijote liberal, sino que con sus acciones resguardarán la religiosidad y actuarán con la prudencia—y sobre todo con la caridad—necesaria para mantener el núcleo familiar alejado de las “malas doctrinas,” así como de los errores de Gaspar y Enrique. Y precisamente sobre la caridad, Roa Bárcena, en el referido artículo sobre Esquiros, ya había expresado que el catolicismo la predicaba y profesaba, siendo esta

el amor al prójimo y la compasión hacia todas las debilidades y desgracias que le aquejan” y aunque “el frasismo moderno [pudo] haber inventado la palabra tolerancia, así como inventó la palabra filantropía, [. . .] es curioso y triste [. . .] observar que una y otra no pasan de palabras, mientras la caridad es un hecho y es verdaderamente el alivio y el refugio de todo aquel que padece en la Tierra.” (“Alfonso Esquiros” 204)

A lo largo de la novela el narrador reforzará esta idea: las palabras no son tan poderosas como el ejemplo, las acciones prueban la moral cristiana.

A todo lo anterior habría que añadir una revolución social suscitada por la invención de una comunidad aparte. Al margen de la estructura dominante (sin duda, jerarquizada desde la conquista) y de la lucha de clases que se presentaba en el México de medio siglo, Gaspar contraviene el viejo orden e impone sus propias leyes. Al grito de “no más privilegios,” suprime la propiedad privada en su quinta y comparte la tierra con sus peones, se desvincula de la Iglesia y crea una “pequeña república,” en la que la igualdad fuera el único propósito. Otra iniciativa fue establecer una escuela nocturna de artes y oficios, en donde “se explicara a los mozos el catecismo de los derechos del ciudadano, dándoles una instrucción moral enteramente republicana” (*Quinta modelo* 109) y desterrando el catecismo del padre Ripalda, texto fundamental en el que los mexicanos del siglo XIX abrevaron valores y principios morales. Tanto el catecismo religioso como el secular demuestran la importancia del libro como un instrumento pedagógico a favor de la formación intelectual y social de los individuos; es una forma de contraponer una economía del conocimiento: una positiva, que sea la más apta para la sociedad de ese momento y otra fallida. Con todo ello espera conformar un nuevo estado social en el que cada integrante supiera sus derechos y obligaciones y así actuara con toda la responsabilidad posible para que, en un futuro (¿próximo?), disfrutara de una distribución justa de la propiedad y del trabajo. En otras palabras, Gaspar convierte su finca en un falansterio; es decir, una asociación o grupo en la que los medios de producción, la tarea cooperativa y los espacios fueran comunes a todos sus integrantes. De acuerdo con las ideas del socialismo utópico de veta saint-simoniana y fourierista (que *grosso modo* buscaban disolver las desigualdades de clase y abogar por un trabajo equitativo), en su quinta, Gaspar aplicó “los métodos agrícolas, manufactureros y administrativos más modernos” (105) de la escuela política que había aprendido en los libros.⁹ De manera que considerará a los peones como ciudadanos con completa libertad, que compartieran los mismos derechos, para lo cual se comenzará una distribución equilibrada de los bienes.

Roa Bárcena comenzó a ver con recelo la introducción del socialismo a México, a raíz de la publicación de las obras de Eugène Sue que habían sido muy bien recibidas por la clase liberal. En específico, por los ataques que el francés hacía al catolicismo y al orden social en sus novelas. Para el mexicano, Sue era un hipócrita, pues agredía a los ricos y compadecía a los pobres, ostentando una falsa filantropía que combatía la caridad. Tal posición estética estaba acorde con la sensibilidad conservadora de la época, pues, como lo ha estudiado Javier Rodríguez Piña, para algunos letrados los escritos de Sue “formaban parte de una campaña para lesionar la moral y las buenas costumbres de la sociedad mexicana, y atentar contra los principios básicos de la religión católica” (203).¹⁰ Por lo cual, a fin de contrarrestar esa intromisión socialista en el campo intelectual mexicano, nuestro autor, en varias de sus obras narrativas de esa época, exaltó los valores como la caridad, la piedad o la compasión. Y en *La quinta modelo*, en específico, el narrador, a partir de su propia experiencia—y testimonio—enseñará al público lector los resultados de la falta de valores morales:

Nada he visto yo que dé idea de un país en estado de anarquía como la quinta de Gaspar [. . .]. Los proletarios se resistían abiertamente a trabajar, no ya sólo en las labores de la hacienda, sino aun en las de sus propios terrenos. [.

. .] La miseria, en forma de avechucho [. . .] comenzaba a cerner sus alas sobre aquel pequeño modelo de una república entregada a las exageraciones de la innovación y de la reforma. Inútil es decir que la escasez de dinero, la desmoralización que cundió entre los operarios y la falta de orden y vigilancia dieron por resultado que aquéllos, para satisfacer sus más precisas necesidades, comenzasen a extraer y vender clandestinamente los llenos de la quinta, sin que nadie pudiera poner coto al mal. (121-22)

De modo que la ignorancia y los vicios como la pereza, el hurto, el juego, el alcoholismo y, en consecuencia, el crimen, emergen, contrario a lo que esperaba Gaspar, de su “comunidad imaginada,” tal y como lo demanda la conciencia dominante. En *La quinta modelo* uno de los pilares más afectados por esa revolución socialista es la administración eclesiástica, ya que, al intentar implantar la igualdad, se cancelan las limosnas y el diezmo, además de suspenderse el pago por los sacramentos. El temor sobre el inminente despojo económico al que estaría sujeta la Iglesia previene a los lectores de lo que se avecinaría si el grupo liberal impusiera la separación total de la Iglesia y el Estado: la anarquía. Asimismo, en la ficción, cualquier seglar podía ser ministro del culto, valía más el matrimonio civil y los entierros no seguirían los ritos que dictaba la Iglesia, con lo que se desfaltaría el anterior sistema económico de la quinta; vaticinio, sin duda, de la tambaleante nación después de 1857.

Otras presencias de gran importancia en la novela son el cura del poblado y el juez de paz, militar retirado, personajes que representarán al régimen anterior, cuyos conocimientos pueden ayudar a contrarrestar las atrocidades de Gaspar y, mediante el buen ejemplo, restablecer el orden, primero en la finca tomada por la comunidad trastornada y después en la célula familiar. Además de estas figuras, Alberto y el cura, de “corazones bien formados olvidan todo agravio y resentimiento” (138), son personajes que poseen un valor católico intrínseco que los ayudará a retornar a la paz. Las dos mujeres, por su parte, contraatacan la revolución que cambia el rumbo de la quinta, en la que el (des)orden socialista se ve mitigado por la lógica católica que llevará paz y orden a ese espacio transgresor que quiso construir fallidamente Gaspar. Con estas soluciones el mensaje es contundente: estas revoluciones son innecesarias.

A poco tiempo de transformado el universo de la quinta, los efectos fueron paradigmáticos para los personajes más transgresores, dado que, en palabras del narrador, preciso era “arrancar la cizaña para que el trigo” fructificara (124); explicación de marcada esencia bíblica (Mateo 13: 18-32). De modo que la lectura de *La quinta modelo*, a modo de un texto ejemplar, aspiraba a influir profundamente en el juicio de su público y despertar en él una conciencia que rechazara la “demagogia” liberal y disipara las aspiraciones socialistas, tendencia por demás inminente tomando en cuenta la recién proclamada Constitución y las influencias intelectuales predominantes hasta el momento. De esta manera lo entendieron algunos periodistas más afines al grupo barcenista, cuya opinión sostenía que esta novela estaba “llena de filosofía social y de sana doctrina, propia para formar el corazón del pueblo e ilustrar su inteligencia” (“Noticias sueltas” 2).

Como puede observarse, la política entretejida en esta historia cumplió con el proyecto creador de Roa Bárcena: persuadir a los lectores que estaban a punto de ser regidos por una Constitución política de espíritu liberal; o, como explica Jorge Ruffinelli, convertir la novela

en “un arma [. . .] a favor de los intereses del conservadurismo” (304). Este propósito se mantuvo fiel a la idea de que era posible “un avenimiento entre el progreso y la tradición, entre la razón y la fe, entre la libertad y la autoridad,” postura que Roa Bárcena había manifestado meses atrás de la publicación de *La quinta modelo* (“Alfonso Esquiros” 199). Esta forma de “hacer política” desde el discurso literario abonó al ejercicio crítico de nuestro autor y lo consagró como una voz autorizada en dos campos en apariencia distantes, pero que por décadas se hermanaron en el campo intelectual: la literatura y el periodismo. Fue en el periódico donde Roa Bárcena pudo plasmar parte de su sensibilidad conservadora—desde la narrativa, o bien desde la crítica literaria—, al afirmar que para “los católicos la Iglesia es la depositaria de la verdad moral y religiosa, y fuera de ella no hay salvación” (“Controversia” 478-79).

La contraposición de modelos (ejemplo / contraejemplo) en la ficción demostró que las “ideas metafísicas” (teoría) y su puesta en práctica (praxis) eran fútiles entre una clase política endeble que se dejaba deslumbrar por los supuestos beneficios que tendrían, aunque en realidad no privilegiaban las necesidades de la sociedad de aquel momento. La utopía liberal que simbolizó la Constitución de 1857 para la colectividad conservadora se puede equiparar a la distopía construida por Roa Bárcena; la cual constató que las ideas importadas tendrían fatales resultados en territorio nacional y alejarían a la sociedad de la senda del progreso, como había prometido el grupo liberal. Sobre esta idea, Gutiérrez Negrón explica el fracaso de la hacienda en términos ideológicos y providenciales al sostener que “[b]y characterizing the foundations of freedom, self-interest, and work that underlie Gaspar’s political economy as morally and politically unfeasible, Roa Bárcena frames the limitations of liberal ideology as ontological” (“The Estate” 98). Desde la perspectiva pedagógica, con la creación de una “quinta modelo” que, como contraejemplo, enseñara el desastre político que la sociedad mexicana estaba por presenciar, Roa Bárcena contribuyó, sin duda, a fomentar una economía del conocimiento desde la literatura.

Finalmente, considero que la presentación de la novela como un instrumento pedagógico de censura a las ideologías más modernas de la época (liberalismo, socialismo, comunismo) permite ampliar la visión que aún se tiene de obras y autores que, por demostrar una sensibilidad distinta a la predominante, se quedaron por mucho tiempo al margen de los estudios literarios, aun cuando en su momento actuaron como plumas disidentes que, a través de las controversias, se hicieron escuchar en la prensa con la intención de persuadir a sus lectores.

Universidad Nacional Autónoma de México

Notas

¹ Este artículo se deriva del proyecto “Edición crítica de la narrativa breve de José María Roa Bárcena,” que actualmente llevo a cabo en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

² Sobre el concepto “sensibilidad conservadora,” retomo la propuesta surgida del proyecto “Conservative Sensibilities. The Literary Imagination and the Press in Nineteenth-Century Latin America” que en años recientes ha estudiado el conservadurismo desde nuevos enfoques y se ha alejado de los maniqueísmos que por años guiaron la crítica sobre el tema. En este sentido, al hablar de “sensibilidad conservadora” se entiende la exploración de “la expresión estética y cultural de los valores conservadores,” siempre dinámica, en constante cambio, así como los “hábitos discursivos y maneras de sentir el conservadurismo” que involucran ideas, intereses y posiciones estéticas (Castro y Soriano Salkjelsvik 15).

³ Este autor es un caso singular en las letras mexicanas, pues, además de trabajar como administrador, consejero del Banco Nacional de México y miembro de la junta directiva de la Lotería, tuvo una participación muy activa en el campo intelectual, desde numerosas asociaciones literarias y, meritoriamente, como académico de la lengua. Su vasta obra comprende poesías, novelas, cuentos, leyendas, biografías, crónicas, artículos periodísticos, traducciones, ensayos de carácter histórico y libros de texto, muchos de los cuales tuvieron una sorprendente distribución en la red editorial de la época, con segundas, terceras, incluso sextas ediciones. Por mucho tiempo fue recordado sólo por su célebre cuento “Lanchitas” (1877), uno de los más antologados en la historia de la literatura mexicana.

⁴ La rivalidad entre corrientes surgió desde la lucha independentista y en el período de 1822 a 1824, en los congresos marcó una notoria división entre borbonistas, iturbidistas y republicanos (Reyes Heróles 18; Andrews 86-103). Más adelante, cuando el entonces presidente Ignacio Comonfort desconoció la Constitución de 1857 en diciembre de ese año, se desató una guerra civil conocida como la Guerra de Tres Años (1858-1861), lo que derivó en publicación de las Leyes de Reforma, las cuales se integraron al corpus constitucional en la década de 1870, legalizando la división política de la Iglesia y el Estado. La Guerra de Tres Años debilitó al país, lo que conllevó a la Intervención Francesa (1863) y, poco después, a la instauración del Segundo Imperio Mexicano (1864-1867) con Maximiliano de Habsburgo al mando, considerado este último como un efímero triunfo de los conservadores.

⁵ Así como en el campo político se ha visto que no hubo un conservadurismo puro ni un liberalismo a ultranza, sino que los actores políticos transitaron de un lado a otro, moderando sus valoraciones y posturas, esto también sucedió en el campo de la literatura. Hacia la década de 1850, desde el grupo liberal, Ignacio Ramírez criticó abiertamente la inestabilidad de la política ocasionada por reformas inútiles (119-20); o bien, José Tomás de Cuéllar, quien reprobó la demolición de las instituciones y la afectación de la unidad nacional, sin pasar por un proceso paulatino de cambio pacífico, respetando la “verdadera religión y a sus dignos ministros” (15-16).

⁶ Para más información acerca de *La Cruz*, recomiendo el trabajo de Gutiérrez Negrón, quien analiza la sección “Variedades” como un espacio en el que se desarrolló un programa estético cosmopolita y “una aestesis teológica” (“Estética”).

⁷ Pese a que tales “filosofías” se sustentaban en principios diferentes, para los conservadores mexicanos estaban unidas con la única finalidad de atentar contra la Iglesia católica; así lo expresaban en la prensa de oposición todavía hacia 1870:

[. . .] ahora se le presentan todos aquellos errores o herejías vencidos, reunidos en una gran confederación, ajustada bajo las bases de hacer guerra sin tregua a la Iglesia católica, para obrar una variación radical en la sociedad. / Las diversas sectas en que se ha dividido y subdividido el protestantismo; el escepticismo proveniente de esa subdivisión, el deísmo, el racionalismo, el socialismo, el comunismo, el materialismo y el ateísmo, el jansenismo y el regalismo; todos entran en esa gran coalición, que técnicamente se llama el *liberalismo* o sea teoría de la *falsa libertad*, porque el liberalismo no es la libertad, como el filosofismo no es la filosofía. (Martínez 1)

⁸ *La quinta modelo* no fue el único espacio en el que Roa Bárcena discutió el tema del socialismo y su influencia en la vida moderna; retomó el asunto en el relato “La limosna,” donde distinguió la caridad de la filantropía socialista:

Mucho alivia por sí sola la limosna el cáncer de miseria que carcome las entrañas de las sociedades modernas, particularmente desde que la filosofía se encargó de reemplazar la caridad cristiana con la filantropía socialista. Desde entonces precisamente hay más pobres, por la sencilla razón de que los ensayos prácticos del comunismo han hecho más desconfiados a los capitalistas, y los oídos, acostumbrados a los gritos de la plebe enfurecida, están sordos a los acentos del hambre y del frío.” (73)

⁹ En México, el interés por el socialismo utópico surgió de la lectura de autores como el Conde de Saint-Simon, Charles Fourier, Robert Owen y Pierre-Joseph Proudhon.

¹⁰ En este trabajo, el estudioso explora la recepción de la novelística de Sue entre la clase letrada católica-conservadora mexicana de mediados de siglo XIX desde algunos periódicos de tendencia conservadora como *El Tiempo*, *El Católico*, *El Observador Católico*, entre otros.

Obras citadas

- Andrews, Catherine. "Sobre conservadurismo e ideas conservadoras en la primera república federal." *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, t. I., coordinado por Erika Pani, FCE/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009, pp. 86-103.
- Castro, Andrea y Kari Soriano Salkjelsvik. "El siglo XIX desde la sensibilidad conservadora: nuevas perspectivas." *Sensibilidades conservadoras. El debate cultural sobre la civilización en América y España durante el siglo XIX*, editado por Kari Soriano Salkjelsvik, Vervuert/Iberoamericana, 2021, pp. 11-38.
- Cosío Villegas, Daniel. *La Constitución de 1857 y sus críticos*. Prólogo de Andrés Lira, FCE, 2013.
- Cuéllar, José T. de. "Discurso pronunciado en la Alameda." *Obras XII. Periodismo I. Artículos, crónicas, editoriales, discursos y epístolas*, editado por Pamela Vicenteño Bravo, UNAM, 2022, pp. 1-16.
- Gutiérrez Negrón, Sergio. "Estética, polémica y Dios: aestesis teológica en el semanario mexicano *La Cruz* (1855-1858)." *Sensibilidades conservadoras. El debate cultural sobre la civilización en América y España durante el siglo XIX* editado por Kari Soriano Salkjelsvik, Vervuert/Iberoamericana, 2021, pp 353-72.
- . "The Estate Must Be Protected! Work and the Necessity of Restraint in Roa Bárcena's *La quinta modelo* (1857)." *Decimonónica*, vol. 13, n. 1, 2016, pp. 87-105.
- Hale, Charles A. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. FCE, 2002.
- León-Portilla, Miguel, editor. *Historia documental de México, vol. 2*. Coordinados por Ernesto de la Torre Villar, Moisés González Navarro y Stanley Ross, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2015.
- López Aparicio, Elvira. *José María Roa Bárcena*. Metáfora, 1957.
- Martínez, Miguel. "Editorial. El partido anticatólico y anticonservador." *La Voz de México*, 6 julio 1871, pp 1-2.
- Muñoz Bravo, Pablo. "'Largo y sinuoso camino'. La incorporación a la Revolución de Ayutla de los liberales exiliados en Estados Unidos." *Signos Históricos*, vol. 16, n. 31, 2014, pp. 160-90.
- "Noticias sueltas. *La quinta modelo*." *La Sociedad*, 22 agosto 1858, p. 2.
- Olea Franco, Rafael. "Ficción narrativa e ideológica en Roa Bárcena." *Doscientos años de narrativa mexicana*, editado por Rafael Olea Franco, con la colaboración de Pamela Vicenteño Bravo, El Colegio de México, 2010, pp. 59-91.
- Palti, Elías J. "Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el *publicista* y los orígenes del intelectual moderno." *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, editado por Jorge Myers, coordinado por Carlos Altamirano, Katz Editores, 2008, pp 227-41.
- Pi-Suñer Llorens, Antonia. "La prensa, difusora de los ideales de Ayutla." *La revolución francesa en México*, editado por Alberro Solange, Alicia Hernández Chávez y Elías Trabulse, El Colegio de México, 1991, pp 171-78.
- Ramírez, Ignacio. *La palabra de la Reforma en la República de las letras. Una antología general*. Selec. y est. Liliana Weinberg, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/UNAM, 2009.

- Reyes Heróles, Jesús. *El liberalismo mexicano en pocas páginas. Caracterización y vigencia*. Selec. Adolfo Castañón y Otto Granados, FCE / Secretaría de Educación Pública, 1985.
- Rico Mansard, Luisa Fernanda Francisca. *Semblanza de Don José María Roa Bárcena*. UNAM, 1986.
- Roa Bárcena, J. M. “Alfonso Esquiros y algunos de sus escritos.” *La Cruz*, 22 enero y 3 febrero 1857, pp 141-43 y pp. 199-206.
- . “Controversia. Desbarros de la prensa.” *La Cruz*, 13 noviembre 1856, pp 457-62.
- . “La limosna.” *La Cruz*, 8 octubre 1857, pp 71-73.
- . *La quinta modelo. Noche al raso y otros relatos*. Ed., pról., notas y cron. Pamela Vicenteño Bravo, Penguin Random House Grupo Editorial/UNAM, 2019.
- Rodríguez Piña, Javier. “Los conservadores-católicos mexicanos ante *Los misterios de París* de Eugenio Sue.” *Tras las huellas de Eugenio Sue. Lectura, circulación y apropiación de Los misterios de París, siglo XIX*, coordinado y editado por Laura Suárez de la Torre, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015, pp 202-20.
- Ruffinelli, Jorge. “Epílogo.” *Novelas y cuentos*, de José María Roa Bárcena, pról. Leticia Algaba, Factoría Ediciones, 2001, pp. 301-19.
- Sierra, Justo. *Obras completas XIII. Juárez: su obra y su tiempo*. Ed. Arturo Arnáiz y Freg, UNAM, 1991.
- West, Ty, “La familia enferma: el liberalismo como enfermedad (México, 1857-1864).” *Sensibilidades conservadoras. El debate cultural sobre la civilización en América y España durante el siglo XIX*, editado por Kari Soriano Salkjelsvik, Vervuert/Iberoamericana, 2021, pp. 189-213.